

## UN TRAYECTO CORTO

Parecía que iba a ser un día como tantos otros. La misma hora y la misma parada de autobús. Pero había algo que no era igual y que ya nunca volvería a serlo.

Apenas habían pasado cuarenta días desde que había cogido por última vez aquel mismo autobús, como venía haciendo todos los días desde hacía seis años, cuando había entrado a trabajar como administrativo en un banco del centro de Sevilla. Vivía con sus padres en un piso de apenas cincuenta metros que los muy optimistas decían que estaba en la Macarena. Aunque, en realidad, estaba a más de un kilómetro del Arco y, por ende, mucho más cerca del Cementerio que de la Basílica. Su madre solía bromear con lo cortito que iba a ser el último viaje.

Pero hoy todo parecía distinto.

En medio, había sufrido la primera de las varias sacudidas con las que la vida te golpea de vez en cuando y con las que te vas vaciando, como ese globo que con ilusión estrena el niño el Domingo de Ramos y ya por la tarde lo ves decaer como un Cristo trianero que, aunque sentado, camina -¡oh, milagro de la fe!- para Sevilla.

Quizás esa sacudida acabara de forjar su carácter, adusto desde la cuna, pero a partir de aquello ya irremediablemente serio.

Porque no la esperaba. Nadie espera que a su padre, en plena madurez y con una aparente buena salud, le fulmine un ictus y tras cuarenta días de agonía te deje huérfano.

Huérfano.

Aunque en sentido estricto no lo sería, porque ya era mayor de edad para entonces, pero sí le encajaba como un guante la otra acepción del término : “falto de algo y, especialmente, de amparo”.

Como tantas otras cosas, no sabes que las tienes hasta que las pierdes.

Su padre había hecho de todo en la vida. Aunque había nacido en Montoro, se había criado en Málaga y había venido a Sevilla siendo muy joven. Su abuelo tenía un bar en calle Larios y allí detrás del mostrador había echado los dientes. Ya en Sevilla, fue calentero en la Puerta de la Carne y durante muchos años trabajó de repartidor en una tienda de electrodomésticos de esa misma zona cargando frigoríficos, lavadoras y aquellos enormes primeros televisores. Hasta que el negocio quebró y acabó en el paro. Con cincuenta años y sin estudios las posibilidades de encontrar un nuevo trabajo eran escasas. Quizás fueron las preocupaciones derivadas de aquella nueva situación las que le provocaron el ictus. O quizás no. O quizás estaba de Dios.

Llegó el autobús y, sin tener la más mínima consciencia de ello, tras ese trayecto de apenas unos minutos, otra persona que ya no era él se bajó en la Plaza de la Encarnación y echó a andar apresuradamente hacia la oficina.

Al pasar frente a los escaparates de los comercios, buscó el reflejo del niño que había sido hasta entonces y el frío vidrio le devolvió la imagen de un desconocido.

**REVISOR UNIFORMADO**